

Las radios necesitan “periodistas”

Juan Pablo Cárdenas S.*

Director Radio Universidad de Chile
cardenas@u.uchile.cl

Las distintas plataformas que utiliza el periodismo para cumplir con su misión de informar, interpretar y opinar llevan a algunos a creer que cada una de estas expresiones mediáticas podría tener objetivos diferentes y cultivar solo algunos de estos tres géneros arquetípicos. Existen muchos periodistas que se identifican más con las especificidades propias de los distintos medios en que ejercen más que con la razón de ser, con la deontología que define a su profesión y que, en lo sustantivo, no debiera variar de un medio de comunicación a otro. Esto es, servir a “la tarea humana de comprender y transformar el mundo”. Intención que debiera proponerse cualquier medio escrito, radial, audiovisual o electrónico.

Algo muy extraño ocurre también con las formas que los periodistas utilizan para comunicarse. Recuerdo el impacto que me produjo encontrarme con reporteros radiales que poco o nada les importaba que sus textos burlaran la sintaxis, recurrieran a los denominados “lugares comunes” y se propusieran encarar los acontecimientos y fenómenos del día con flagrante superficialidad y muy escaso sentido crítico, porque así, según ellos, se “hacía radio”. Desde las escuelas de periodismo muchos jóvenes egresados venían con la idea de que un libreto radial debía cumplir estrictamente con la “pirámide invertida” y con una extraña forma se redactar que los inducía a ubicar casi siempre los verbos al final de sus oraciones. Es decir en sentido contrario de la forma en que habitualmente hablamos el castellano. Más parecida, en realidad, a la estructura gramatical alemana que a la castellana.

**Juan Pablo Cárdenas Squella es periodista, profesor titular del Instituto de la Comunicación e Imagen y director de Radio Universidad de Chile. Obtuvo el Premio Nacional de Periodismo en el 2005*

Muchos viejos y jóvenes colegas se resistían a escribir con naturalidad, a expresarse de forma coloquial, aunque correcta, y a dejar de lado una montonera de expresiones que no daban cuenta del lenguaje común. En que las avenidas se llamaban “arterias”; en que los choques eran siempre “colisiones”; en que a los trenes les denominaban “convoyes” y se recurría a otra cantidad de impropiedades, como el abuso de términos extranjeros, los eufemismos y los vicios más corrientes del lenguaje vulgar. Por alguna explicación que desconozco, los periodistas de radio y televisión se asumían con un fuero especial para expresarse mal, entendiendo que solo los diarios y las revistas debían imponer exigencias mayores. De la misma forma que pensaban que los cultores del periodismo escrito jamás se demostrarían muy exitosos en la radio o los departamentos de prensa de los canales de televisión. Por otro lado, la censura o la autocensura marcan hasta hoy el uso de expresiones tales como “sectores vulnerables” en vez de pobres; de la forma en que por mucho tiempo se hablaba de “presuntos desaparecidos”, para referirse a los detenidos desaparecidos; como que a la Dictadura se la prefería llamar “Gobierno Militar” y a los vagabundos e indigentes hasta en el lenguaje oficial se les sigue llamando “chilenos en situación de calle”.

En otro plano, las propias escuelas de periodismo estimaban que la correcta expresión oral y dicción eran exigible en algunos medios solamente. Solo allí donde los periodistas tuvieran que hablar, más que escribir. Tal como hoy muchos estudiantes se resisten a la exigencia de leer, estar al tanto de todo lo que ocurre, cuando tan solo se proponen ejercer el periodismo deportivo o de espectáculos. Desconociendo, por supuesto, que todas las áreas temáticas se relacionan; que lo mismo que es imposible entender la política sin saber de economía, de relaciones internacionales y sociología. Que el deporte hoy una actividad empresarial, cuyas vicisitudes muchas veces se explican más en el negocio o en el lucro perseguido por los propietarios de los clubes.

1. Un periodismo más exigido

Felizmente, la multimedia ha llegado para demandar de los buenos periodistas el buen uso de todas las plataformas comunicacionales. De esta manera es que los periodistas de hoy deben saber escribir, hablar correctamente y apoyarse en imágenes y los sonidos para acometer su tarea. Hoy, los buenos profesionales también asumen que no basta con la lectura cotidiana de la prensa, sintonizar la televisión o escuchar la radio para quedar debidamente informados; que es necesario usar todos los sentidos, incluso el tacto, para

tal objetivo. Así como, ahora, considerar al internet, ahora, como una de las más valiosas fuentes para estar al día respecto de lo que acontece.

Tal parece que hoy todos los medios de comunicación están consolidados. Que ya no existen esos terribles augurios en cuanto a que la prensa sucumbiría con la masificación de la radio y ésta última con la televisión. Hoy se dice que la misma Red ha salvado y potenciado a las distintas plataformas, y que los periodistas deben satisfacer nuevas exigencias para mantenerse vigentes. Claro; a la velocidad de un rayo, la máquina de escribir fue superada por el computador, así como los archivos se han digitalizado y universalizado los procesadores de palabras. Entre tantos inventos, además, como que el propio teléfono celular pueda convertirse en el instrumento fundamental de los reporteros: para grabar, capturar imágenes y transmitir sus despachos. En un proceso que todos los días suma novedades y recursos; lo que ha llevado a algunos a proclamar en fin del periodismo como una actividad de especialistas, rindiéndose a la idea de que cualquier persona hoy podría oficiar de reportero. Lo que es a todas luces erróneo, salvo que se admita que el periodista no es nada más que un simple ve, escucha y transmite en el proceso comunicacional.

Algo muy grato de comprobar, en cambio, es la capacidad demostrada por los nuevos periodistas para interesarse y dominar los adelantos tecnológicos. Una actitud que contrasta con ese verdadero trauma que en el pasado produjo la incorporación del computador a las oficinas de prensa y que llevo a algunos comunicadores a empeñarse en el uso de sus viejas Underwood, tal como, hasta hoy, algunos medios siguen resistiéndose a imprimir fotos a color. En un acto más de pedantería, ciertamente, que de sensatez.

Justamente, en la consolidación de las distintas plataformas comunicacionales es que cada una de éstas ha debido también renovarse para mantener vigencia y cobertura. Diarios y revistas debieron complementar la simple difusión de noticias con el ejercicio de un periodismo más analítico, que buscaba “traducir”, explicar los sucesos y fenómenos de la actualidad que simplemente registrarlos. Se concibe y se consolida el género interpretativo y el periodismo de opinión vuelve a recobrar el espacio que tuvo en los primeros periódicos de la humanidad. En muy poco tiempo, resultó mucho más atractivo ver las noticias por TV que escucharlas por la Radio, hasta que las emisoras decidieran incluir aquellos espacios de análisis y de debate que hoy les recupera auditores y les añade el interés de quienes “vienen de vuelta de la televisión” ante empobrecimiento de ésta en lo periodístico y lo cultural. Rendidos como están los canales al rating, como a

la mera entretención; a las teleseries y la farándula desmedida en todos sus espacios. En este sentido, se hizo corriente que los propios periodistas televisivos reconocieran que "para decir algo, había que tener un programa en alguna radio..." como realmente ha acontecido y se puede comprobar actualmente, en que muchos "rostros de la TV" se reservan horas del día para desempeñarse en las emisoras.

En efecto, en algún momento muchos medios de comunicación temieron que el internet pudiera afectar su existencia, pero ya se ve que gracias a éste, la radio finalmente ha universalizado su alcance, aunque los diarios y revistas electrónicas se lean, ahora, mucho más que los medios de papel. Pero todavía es muy incierto lo que pueda acontecer en este sentido, cuando el libro (que se creyó superado por los ebooks) hoy adquieren nuevos bríos con sus renovados diseños y formatos, Así como con la sentencia de psicólogos y pedagogos que indican que las versiones impresas en papel demuestran tener todavía mucho más efecto en la formación intelectual de niños y jóvenes. Incluso, en su capacidad de concentración y comprensión. Agreguemos a esto que imprimir libros todavía resulta mucho más barato que antes y pasarán largos años antes que los pueblos tengan acceso masivo a las nuevas "tabletas" y mecanismos de lectura, que electrónicamente no hacen más que emular, por cierto, los primeras expresiones de lectura y escritura que aún se conservan desde la Antigüedad.

Entre los eventos culturales más destacados en el mundo se dan espacio las grandes ferias de libros y nada dice que en este sentido estemos clausurando la larga era Gutemberg. Nuestros cinco sentidos se activan y desarrollan conforme a las posibilidades de cada cual, así como la inteligencia se vale de todos los medios para satisfacer su afán de conocer y expresarse. De esta forma es que el cine felizmente no acabó con el teatro, ni la televisión con éstos. Así como la buena música no acaba de fundar nuevos estilos, ofrecer creadores e intérpretes y comprometer el interés colectivo y en todos los niveles.

Lo que más atenta contra el periodismo y la acción de los comunicadores es la falta de diversidad mediática. Especialmente en Chile, donde la concentración informativa se hace pavorosa y se manipula a la población a través de todos los soportes. Cuando se sigue considerando a la información un producto más del mercado y se acepta como lícito especular con un derecho tan fundamental del ser humano. Tal vez lo que corresponda hacer, después o simultáneamente con proponerse el logro de la educación universal gratuita, sea prohibir el lucro que persiguen los propietarios de los medios, asumiendo

también el Estado la necesidad de sostener el pluralismo informativo con la destinación de subsidios, créditos y otros que rompan el desequilibrio que hoy existe entre medios ricos y pobres. Financiados o discriminados según su correspondiente posición ideológica.

2. Reorientar la formación profesional

En la complejidad que están asumiendo los procesos educacionales se hace muy acuciante la adecuada formación de los periodistas, cuando las escuelas se han demostrado bien incapaces de reorientar su quehacer. A esta altura, creemos que las mallas académicas que se vuelcan al mero adiestramiento profesional de los futuros periodistas no tienen tanto sentido cuando las técnicas que se imparten pueden ser adquiridas mucho más eficientemente en los propios medios de comunicación. En el entendido, incluso, que el uso de los instrumentos propios del quehacer periodístico se obsoletan, se reemplazan o se perfeccionan aceleradamente.

Todavía hay centros de formación que fastidian a los periodistas con clases de fotografía y al hacerlos transitar por tantos cursos de radio, televisión y periodismo digital que los distraen de aquellas asignaturas que debieran ser más gravitantes en su formación, sobre todo en los establecimientos de carácter universitario. Nos referimos a la necesidad de intensificar las exigencias, más bien, en el correcto uso del idioma, y la expedita expresión oral. Incluso en el aprendizaje de otras lenguas. Además, por supuesto, que procurar su formación cultural integral.

Es un hecho, en este sentido, que existen escuelas de periodismo que no demandan a sus discípulos leer y escribir constantemente y estar atentos a todo lo que sucede. Es fácil comprobar que la historia, el arte, la literatura, el conocimiento filosófico ya no se incluye sistemáticamente en el itinerario académico, y que la formación intelectual debe discurrirla el propio estudiante, acudiendo a otros centros de estudio, más allá de completar esa cuota tan limitada de créditos optativos o facultativos en estas disciplinas del saber. Entre los profesores, la queja constante es que los estudiantes que egresan de la educación media carecen del rigor de la lectura y que la propia revisión de la prensa no es algo considerado importante en su rutina de formación. La Educación Cívica, erradicada de las mallas curriculares durante el tiempo de la Dictadura, todavía no es repuesta ni exigida en la formación de los periodistas y de los profesionales en general. Y ello explica que al momento de salir a trabajar, los nuevos periodistas evidencien tanto

desconocimiento y confusión, por ejemplo, respecto de conceptos tales como estado, gobierno, nación y ciudadanía. Que no sepan identificar las funciones legislativas, los procedimientos judiciales y la amplia gama de entidades y procedimientos que competen a nuestro ordenamiento institucional, como la vida económica, social y cultural del país. Que hasta les resulte difícil reconocer en el mapa a los países del mundo, sus distintos ecosistemas, cuanto los principales referentes del ámbito internacional.

Entre los chascarrros más difundidos en nuestra Escuela de Periodismo se comenta la sorpresa que le causó a una maestra descubrir que entre sus alumnos había quienes ignoraban que en el siglo pasado el mundo había enfrentado dos grandes conflagraciones. Además de quien admitió no tener idea de que Chile había sufrido casi dos décadas de un régimen dictatorial.

Si bien debemos reconocer que los distintos soportes comunicacionales contienen formas propias de encarar su quehacer, me resisto a pensar que los estudiantes tengan que transitar por largos meses o semestres de radio, televisión y otras asignaturas que no sea primordialmente prepararse para la adecuada comprensión de la realidad que deberá difundir. En este sentido, me parece oneroso e innecesario tener una planta de profesores especializados en las técnicas del periodismo, cuando podría ser mucho más eficiente que las escuelas convinieran la práctica dirigida de sus alumnos en los propios medios de comunicación, más todavía en los de sus propias universidades. Lo que hacen muy efectivamente otras escuelas de periodismo en el mundo.

Desde nuestra experiencia radial me convenzo, definitivamente, que varias de las destrezas radiales pueden ser adquiridas en unos pocos días o semanas, así como perfeccionarlas en la práctica cotidiana del buen periodismo. Es decir, en el ejercicio mismo de observar y transmitir adecuadamente lo que “acaba de ocurrir, lo que está sucediendo o está próximo a ocurrir”. En muy poco tiempo, por lo demás, las emisoras por si solas ya han dejado de existir, obligándose a adosar a su quehacer radial páginas web o diarios electrónicos, en una realidad comunicacional que ahora es, a fuerza, multimedial.

A cambio de un adiestramiento en el uso de los medios, preferiría que los estudiantes de las escuelas egresaran de ellas comprendiendo muy bien su misión ética, conociendo adecuadamente sus derechos y obligaciones, el impacto social de su tarea, su responsabilidad en la formación de conciencias, como muy al tanto de los imperativos de

nuestra actividad para promover y resguardar los Derechos Humanos. Así como con las destrezas intelectuales para entender los señalamientos de las ciencias, asumir el deber ético del cuidado del planeta y el ineludible propósito de promover con su trabajo la igualdad y la equidad entre los individuos y las naciones. Temas que, incluso, ya han sido incorporados a los códigos deontológicos del periodismo y de otras profesiones u oficios.

Celebraría, también, encontrarme con egresados que conozcan su país, su pasado y manifiesten pensamiento respecto de lo que debe hacerse en la política, la economía y otros afanes sociales. Me gustaría que estuvieran al día con la evolución del pensamiento y los nuevos derroteros de la tecnología; que conocieran a novelistas y poetas; a los cultores del arte y de la creación en general. Y me reitero: que tengan buena “pluma” e ideas propias. Erradicando de sus cabezas aquella idea absurda de que el periodismo debe ser “objetivo”. Cuando, en realidad, de lo que se requiere es de comunicadores sociales comprometidos, aunque independientes. Libres y honestos, más que eclécticos y contemporizadores. Apasionados y, por ningún motivo, asépticos o insensibles. Que entre los desempeños más dramáticos de su actividad, como las de cubrir la guerra y los grandes conflictos, no deriven jamás en reporteros cínicos, obsecuentes o resignados.

Postularía, además, que las escuelas de periodismo emprendan una profunda renovación. Que se consolide la enseñanza de las teorías de la comunicación, la semiología y otras disciplinas que, por supuesto, son necesarias en la formación integral de cualquier comunicador social, pero que, sobre todo, estos centros de formación se transformen en talleres del pensamiento, de su correcta expresión y del sentido misional que debe imprimirse al perfil de sus egresados. Que la publicidad, la propaganda, como las relaciones públicas, tan distintas y hasta reñidas con el afán periodístico, encuentren espacios propios y separados de la formación de los periodistas. Que francamente no confundan su quehacer con esta “misión” de informar a la población para que los individuos puedan ejercer con solvencia y libertad su tarea de “comprender y transformar el mundo”

Al mismo tiempo, es indispensable ahora que los egresados adquieran especialización. El periodismo exige cultura general en su ejercicio, pero hoy también reclama profesionales especializados, pero no en radio, televisión y otras formas de comunicar, sino en política, economía, actualidad internacional, arte, ciencia, deportes y otros tópicos de la expresión humana. Periodistas que sepan cultivar los géneros más exigentes de esta actividad, como la crónica, el reportaje y el ensayo periodístico; capaces de sostener entrevistas de prensa

que realmente se propongan una "confrontación intelectual", que interpelen y no sirvan simples voceros o cajas de resonancia de sus interlocutores. Que llenen el enorme vacío que existe en la prensa nacional respecto de críticos literarios, musicales, de artes visuales, teatro, cine y otras manifestaciones propias de la creación humana, actividades que hoy los medios de comunicación muchas veces se resisten a confiar a los recién egresados de periodismo.

Comunicadores diestros, insisto, en el uso de la palabra escrita y oral. Con sus cinco sentidos abiertos a las noticias del porvenir y no a complacencia de la actualidad y del orden establecido. Porque si hay algo inherente a la condición del periodismo es su opción por el cambio, por liberar al mundo de la injusticia, de la producción y el consumo desregulado, como de cualquier forma de opresión y discriminación.

3. Despropósito nada de universitario

Uno de los absurdos más sorprendentes que nos ha tocado observar es el acotamiento de algunas radios universitarias a la difusión de música selecta, como a espacios de reflexión sin el debido procesamiento comunicacional, en la idea de que la "excelencia académica" no puede correr el riesgo de la intermediación periodística sin desnaturalizarse. De esta forma es que existen una buena cantidad de estaciones radiales y otros medios universitarios que renuncian a la misión que se le asigna a la Educación Superior de establecer vínculos con su entorno social y aportar a la política, la economía, como a la vida social y cultural de su país desde la perspectiva, la independencia y la solvencia de sus aulas. Emisoras y periódicos que languidecen en su corto o nulo alcance, que desaprovechan todo lo que podrían difundir, que renuncian a jugar un rol activo dentro de una sociedad muy pobremente democrática. En medio, para colmo, de una grave concentración informativa.

Realmente, la idea de algunos rectores de mantener radios "tocadiscos" y gacetas enfrascadas en el quehacer propio es un severo disparate en un país como el nuestro. Cuando bien sabemos lo enfermo que se encuentra Chile en su falta de diversidad y sometido a la influencia que ejerce un puñado de personas en la definición del discurso oficial y la agenda política. Décadas atrás no había más remedio que seguir la ópera y otras expresiones musicales por los medios radiales, servicio completamente innecesario ahora en que el acceso a tales interpretaciones es más expedito y completo por internet, discos y otros registros.

Haría falta volver a proclamar esas ideas fuerza de la reforma universitaria de los 60 cuando se postulaba una “Universidad comprometida con el pueblo”, que saliera de su “campana de cristal”, para participar, inspirar y nutrir de contenido las transformaciones del país. Centros de estudio que crearon sus radios, canales de televisión y periódicos para ser, justamente, “voz de los sin voz”, alimentar los procesos políticos, sociales y culturales, pero que ahora han relegado estos mismos medios al ostracismo, cuando no los han privatizado o clausurados. Que renuncian, en el caso de sus radios, a promover integración, red informativa a lo largo de un país moldeado por las grandes cadenas informativas. Extranjerizadas, más encima, en estos últimos años, en que tan solo una empresa española se hizo de más del 30 por ciento de todo el dial.

Justamente, los medios de comunicación universitarios debieran proponerse y coordinarse para romper los bloqueos informativos vigentes, cuanto establecer redes que busquen recuperar la influencia que tuvo la Educación Superior en el presente y el destino de la nación. Más absurdo parece, aún, que las mismas universidades que mantienen escuelas de periodismo tengan tan relegada la extensión universitaria y no destinen recursos para invertir en medios de comunicación públicos que lleven el aula a la sociedad y traigan a los campus las acuciantes demandas sociales en todos los ámbitos.